



La iconografía de la tumba de Santo Domingo: una propuesta artística para mostrar el carisma de la Orden de Predicadores.

Dña. Marisa Llaguno, O.P.

Debido a su carácter mendicante, la Orden de Predicadores en sus primeros Capítulos Generales había prohibido el uso de imágenes y materiales preciosos en sus conventos, iglesias, e incluso en los enterramientos que se hacían dentro de ellas.

Esta fue la razón para que a pesar de la canonización, y del interés por consolidar la hagiografía de Domingo, los dominicos no tuvieran representaciones del santo, ni sacralizasen el lugar de su enterramiento, razones imprescindibles para promover su culto.

Su tumba a partir de la canonización siguió siendo una lápida en el suelo de la iglesia de San Nicolás de la Viña en Bolonia; incluso debido a las obras necesarias de ampliación, la demolición del coro dejó la tumba a la intemperie durante doce años.

Jordán de Sajonia había justificado la ausencia de culto en la tumba del santo, argumentando que los dominicos no querían ser acusados de codicia, en una crítica velada contra la pobreza de los franciscanos, que habían construido la Basílica de Asís sobre los restos de su fundador y la habían ornamentado con frescos de Giotto.



Esta limitación cambió radicalmente cuando en 1254 se proclama la apertura definitiva al uso de las imágenes con una orden que permite y promueve la imagen del fundador y de San Pedro de Verona recién canonizado.

A pesar de ello, los estudios sobre las pocas representaciones visuales dominicanas encontradas en el siglo XIII fundamentan este hecho en la reticencia que hubo dentro de la Orden a la propuesta de transmitir la fe a través de sentimientos de devoción provocados por imágenes. Esta teoría parecía contraria a la naturaleza íntima de los dominicos que proponían una predicación legitimada en unos mejores conocimientos teológicos y en el razonamiento intelectual.

En el Capítulo General de Buda de 1256, Humberto de Romans propondrá a los capitulares la necesidad de construir un monumento digno para la tumba del glorioso patriarca, que fuese testigo de la memoria de Domingo y demostrase la profunda piedad que sentían sus hijos por él.

Los predicadores tuvieron especial interés desde el origen de sus representaciones en buscar imágenes en las que quedaran impresas sus raíces en la tradición canónica agustiniana y la espiritualidad monacal del Císter, pero también plasmar su forma de apostolado con la predicación ilustrada, que era el germen de su identidad, y lo que en definitiva les diferenciaba y dotaba de singularidad.

La obra funeraria realizada por Nicola Pisano entre 1264 y 1267, será la mayor “transcripción” icónica y propagandística de la política visual de los predicadores. Fue costeadada con las aportaciones de todas las provincias de la Orden y sus iconografías demuestran la voluntad meditada de los frailes para elegir escenas significativas, portadoras de un mensaje claro y preciso que además de servir para la memoria del fundador y aumentar su culto, dejase impreso el sello de su identidad.

Las narraciones con las que se decoró el Arca parecen tener dos lecturas y propósitos diferentes. La primera sería la de alimentar la devoción cultural del pueblo con las escenas que se presentan en la parte frontal, primera que veían los fieles, de fácil identificación con el poder milagroso y de intercesión del santo.

La segunda correspondería a la lectura de las narraciones de los laterales y la parte trasera del Arca. En ellas se encuentran escenas de difícil transmisión al culto popular, por lo que parece que su objetivo primordial no fue mostrar escenas de la vida santa del fundador, sino el de representar la legitimidad y el carisma de la Orden a través de las imágenes de Domingo.

La iconografía se distribuye en once escenas de carácter narrativo dispuestas en seis cuadros, cuyo recorrido para seguir su lectura, parece que pudiera ser el mismo que se había propuesto en la liturgia unificada por Humberto de Romans para el día de la Octava del santo. Una serie de imágenes externas a las narraciones las enmarcan y delimitan: la Virgen en las escenas de la parte delantera, Cristo en las de la parte posterior y los cuatro doctores de la Iglesia del rito latino, San Gregorio, San Ambrosio, San Agustín y San Jerónimo, en cada uno de sus vértices.

“Ve y predica, porque Dios te ha escogido para este ministerio”¹

Los cuadros laterales desarrollan tres escenas en las que se plasma la misión divina del apostolado a través de la predicación.

En el lado derecho se encuentra la aparición a Santo Domingo de los Apóstoles Pedro y Pablo dándole el libro y un bastón, tal como se encontraba escrito en la leyenda de Santo Domingo de Constantino de Orvieto.



En esta secuencia Domingo recibe el poder apostólico de manos de los mismos apóstoles que además especifican con sus atributos como debe ser su misión: predicar el evangelio (libro), universalmente (el báculo o bastón que remite a su carácter itinerante).

En el mismo cuadro y correlativamente a la escena anterior, se desarrolla otra en la que Domingo hace entrega del libro a un grupo de frailes, extendiendo a toda la Orden la misión divina que ha recibido.

“Hermanos, comed el pan que el Señor os ha enviado”²

El lateral izquierdo representa el Milagro de los panes. Esta iconografía ya había sido pintada en lo que se cree la representación más antigua de Santo Domingo. La tabla de la escuela boloñesa se encontraba en el Refectorio del convento de Santa María de Mascarella, un hospicio de peregrinos y estudiantes españoles donde se hospedaron al principio los frailes destinados a Bolonia.



Los frailes tenían a esta pintura una devoción especial, como si de una reliquia se tratase, ya que se creía había sido pintada sobre la tabla de la mesa del convento de Roma, donde había ocurrido el milagro.



En la escena que recuerda a la Santa Cena³, los frailes, de la mano de su fundador, se reconocían como imitadores de Cristo, afirmando su autoconciencia eclesiológica de ser los nuevos apóstoles enviados a proclamar la verdadera fe. Además recreaba una rutina que reconocían como de su vida cotidiana: la comida en un espacio común, con los hábitos puestos y la capucha subida, tal como decían las normas de Humberto de Romans.

En la parte frontal se muestran escenas milagrosas que tienen la función de alimentar la devoción popular.



Las narraciones se desarrollan en dos cuadros separados por una imagen de la Virgen, con una única escena en cada uno de ellos: la Resurrección de Napoleón Orsini, un milagro “taumatúrgico” que demuestra la capacidad milagrosa del fundador y El libro salvado de las llamas, un milagro contado por Jordán de Sajonia en el Libellus, como la primera gran manifestación pública del carisma profético y evangélico de Domingo, en el que se muestra el triunfo de éste ante los herejes.

Es la primera imagen que pretende legitimar ante el pueblo su labor apostólica de lucha contra la herejía.

...Entonces juntóse al obispo fray Domingoy fueron a pedir al papa Inocencio que confirmase para fray Domingo y sus compañeros una Orden que se llamase y fuese de Predicadores...

...En el entretanto, el papa Inocencio acabó sus días y le sucedió Honorio, a quien visitó enseguida fray Domingo, obteniendo de él la confirmación de la Orden...⁴

Los dos cuadros de la parte posterior, esta vez separados por una imagen de Cristo, desarrollan varias escenas. En el primer cuadro Santo Domingo presenta a Inocencio III la propuesta de fundación; a la escena le sigue la representación del sueño del papa en la que Domingo sostiene el Laterano, y una tercera donde el papa Honorio III entrega a Santo Domingo un libro, tal vez la bula de fundación, tal vez los evangelios.



Estas escenas estaban reflejadas en la vida de Domingo de Humberto de Romans, que estaban unidas al código de las constituciones que todo convento debía poseer. El hecho de que se haga hincapié en todo el proceso de la fundación de la Orden parece querer afianzar su legitimación por la cabeza de la Iglesia.



En el segundo cuadro, Santo Domingo con su oración intercede ante la Virgen para la curación de Reginaldo, y tras esta escena se narra la visión de Reginaldo en la que la Virgen le da el hábito que deben llevar los dominicos; a continuación se representa la entrada de Reginaldo en la Orden.

Estas iconografías de la parte posterior son una propuesta alegórica que muestra tanto a los frailes como a los fieles los signos de la identidad de la Orden.

La relación que ésta tiene con el mundo universitario está visualizada en Reginaldo, un catedrático de la Universidad de París, muy reconocido y valorado en Bolonia.

El hábito sacralizado, porque se lo entrega la Virgen, es una prenda que define sus valores y sobre todo remarca su identidad colectiva; y finalmente, la representación de la vocación de Reginaldo como dominico se hace mostrando el rito que se sigue al ingresar en la Orden, tal como se indicaba en las Constituciones de Humberto, y como se sigue haciendo en nuestros días.

Con la iconografía del Arca los frailes predicadores plasmaron su misión: eran los nuevos apóstoles, enviados por Dios, bajo la intercesión de la Virgen, y la aprobación del papado. Su carisma también quedaba plenamente definido, predicadores intelectuales, ligados al estudio, al mundo universitario y a la erradicación de la herejía.

La obra de Nicola Pisano fue una novedad que tuvo gran repercusión en el arte funerario de final de la Edad Media, por su carácter innovador en cuanto a monumentalidad, estructura arquitectónica, utilización de materiales (el mármol de Carrara no era habitual en Bolonia) y su embellecimiento con secuencias narrativas del fundador.

Pero sobre todo su iconografía fue el resultado del interés de la Orden por crear un prototipo de la imagen de Santo Domingo y su Orden. A pesar de los distintos artistas, estilos y tiempo, las iconografías del Arca se han plasmado tanto en libros litúrgicos, como en pinturas esculturas y vidrieras, a lo largo de casi ocho siglos y siguen teniendo plena vigencia para identificar la identidad y el carisma de los predicadores en nuestros días.



-
1. Leyenda de Santo Domingo de Constantino de Orvieto
 2. Relación de los Milagros obrados en Roma, por la Beata Cecilia Romana. Este milagro también está referido en la Bula de canonización, en la Leyenda de Constantino de Orvieto y en la vida de Santo Domingo de Humberto de Romans.
 3. A partir del Concilio de Letrán, donde se fijó el dogma de la transubstanciación (presencia real de Cristo en la eucaristía), la iconografía de la Última Cena había tenido mucha acogida dentro de espacios conventuales e incluso en los pórticos de las catedrales góticas.
 4. Orígenes de la Orden de Predicadores del Beato Jordán de Sajonia.